



Los casos  
del comisario Collura  
Andrea Camilleri

DESTINO

# Los casos del comisario Collura

Andrea  
Camilleri

Traducción de  
Juan Carlos Gentile Vitale

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1532

Título original: *Le inchieste del comisario Collura*

© Sellerio editore, Palermo, 2021

© por la traducción del italiano, Juan Carlos Gentile Vitale, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: abril de 2021

ISBN: 978-84-233-5933-2

Depósito legal: B. B. 4.004-2021

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Black Print

*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El comisario de a bordo se llamaba de nombre Vincenzo (para los amigos Cecè) y de apellido Collura. En realidad, Cecè Collura nunca había ejercido de comisario de a bordo, es más, hablando claro, nunca había puesto un pie en un crucero. Ni siquiera en un barco mercante, si queremos ser completamente sinceros. Como pasajero, dejando de lado una treintena de travesías del estrecho de Mesina que no se pueden calificar como «navegación», tenía en su activo algunos viajes de ida y vuelta con el transbordador Nápoles-Palermo. Y basta. No era hombre de agua, sino de tierra firme. En efecto, cuando tenía que viajar, cogía siempre el tren, el avión le daba miedo incluso mirarlo parado en el aeropuerto. Algunos meses antes, Cecè Collura había sido comisario, pero de policía, hasta que se había ganado un buen disparo en el hígado durante un tiroteo con unos atracadores de banco. Después del hospital y la convalecencia, le

habían concedido seis meses de descanso. A un pariente suyo, que tenía intereses en un grupo naviero, se le había ocurrido hacerle la propuesta de pasar una parte del período de reposo como comisario de a bordo. No teniendo que rendir cuentas a ninguna mujer y encontrándose momentáneamente libre de vínculos femeninos, se había sometido a un curso acelerado para darse un barniz de aquello que iba a hacer, y se había embarcado. Pero había pedido que lo acompañara un adjunto de larga experiencia, y habían atendido a su demanda. Como pudo ver de inmediato, este adjunto, un cuarentón triestino, conocía su oficio. Cuando resolvía el problema de un crucerista, por regla general, se dirigía a Collura:

—Usted está de acuerdo, ¿verdad, comisario?

Y Cecè, después de mirarlo a los ojos para ver si había el más mínimo rastro de ironía, bajaba la cabeza en señal de asentimiento. Aprendió rápidamente del triestino la mejor manera de comportarse con los pasajeros. Como comisario de policía podía concederse, de vez en cuando, unos tonos bruscos, evasivos y distantes: aquí esta gradación le era negada, estaba totalmente al servicio de aquellos que habían pagado el billete. Habían pagado y exigían. En las primeras veinticuatro horas, su adjunto aplacó con habilidad malhumores, escuchó recriminaciones y prometió fulminantes soluciones. Luego el largo tiempo de la navega-

ción por un mar que parecía una balsa los contagió a todos, acabaron los choques y roces, empezaron los nuevos conocidos. Y fue justo uno de los nuevos conocidos de Cecè, la señora Agata Masseroni, casada, la que lo hizo tropezar con una situación por lo menos extraña. Cuando los McGivern, los Donandoni y los Distefano asistían al más lujoso de los tres restaurantes, tenían sitio en la mesa del comisario, quien, durante las comidas, debía entretener con amabilidad a los huéspedes. Cecè intentó una sustitución, pero su adjunto le hizo notar que aquella era una tarea que correspondía con absoluto derecho al comisario, toda una tradición crucerística se habría alterado irremediablemente si en vez del titular se hubiera presentado el adjunto. Míster McGivern, que poseía algunos pozos de petróleo en Texas, a las nueve de la noche en punto iba a acostarse, poco después lo seguían los Donandoni (él nonagenario, ella octogenaria), mientras que los Distefano, una pareja de cincuentones, tenían pasión por el baile y, por eso, comían deprisa y luego desaparecían para abandonarse a su vicio preferido. Así quedaban cara a cara la señora Agata Masseroni, que nunca tenía ganas de dormir, y Cecè. En la segunda noche, la señora Agata preguntó al comisario:

—¿Me acompaña a oír a Joe Bolton?

¿Quién era? Cecè hizo un esfuerzo y al final recordó que había un cantante que debía entretene-

ner a los pasajeros. A bordo los cantantes eran cuatro; los prestidigitadores, dos; los animadores, ocho; más un ejército de músicos de orquesta.

—¿Es bueno?

La señora Agata elevó los ojos al cielo.

—Divino, me dicen. Esta mañana todos hablaban de él. Y, entonces, ¿qué hace, comisario, me acompaña?

Llegaron cuando Joe Bolton estaba exhibiéndose ante una platea no demasiado joven, el promedio de edad de los presentes oscilaba en torno a la cincuentena. Y se entendía, porque aquel cantaba canciones de los años sesenta. ¿Cantaba? Después de haberlo oído media hora, Cecè se planteó la pregunta. Joe Bolton no tenía voz, pero lo compensaba; de algún modo misterioso lograba convencer a todos de que, solo si hubiera querido, habría podido soltar un do de pecho capaz de romper una lámpara de araña. No lo hago, parecía decir, por discreción y elegancia. Y todos le daban su confianza. Y aplaudían frenéticamente, sobre todo las mujeres, con los ojos humedecidos. «Es un seductor —concluyó Cecè—. Uno de esos que, si se empeñan, son capaces de convencerte de que la luna es cuadrada.» Algunas horas después, mientras estaba en su camarote, a punto de conciliar el sueño, le volvió a la memoria el cantante. Se lo representó: debía de ser un sesentón bien conservado, no muy alto, distinguido, con los ojos de un azul intensísi-

mo, denso pelo rojizo estriado de blanco y delgados bigotes. Un momento. Bigotes. ¿Qué hacía Joe Bolton con sus bigotes? Formulada la pregunta, Cecè se dio la respuesta: «¿Qué quieres que haga? Entre una canción y otra se los acaricia, como todos.» «Eh, no —espetó el otro Cecè que dialogaba con él—. No los acariciaba, los presionaba sobre el labio superior.» «¿Y eso qué quiere decir? —se preguntó Cecè—. Se los acariciaba así.» «Óyeme, Cecè —le respondió el otro Cecè—, si el gesto hubiera sido normal, no te habría llamado la atención. Sé valiente y afronta la verdad: ese hombre tenía bigotes postizos y mal pegados. ¿Y quieres saberlo todo, Cecè? Tu ojo de poli no ha fallado: llevaba una peluca y lentes de contacto. Eso es suficiente para transformar a una persona.» Muchas otras fueron las preguntas que Cecè se planteó aquella noche, pero una más insistente que las otras: ¿por qué alguien que quiere camuflarse con unos bigotes no se los deja crecer, en vez de ponerse los falsos? La respuesta no podía ser más que esta: Joe Bolton no había tenido tiempo de dejárselos crecer, o no había querido, antes del embarque, que lo viesen tan transformado. A la mañana siguiente, apenas entró en su despacho, preguntó al triestino:

—Joe Bolton es un nombre artístico, ¿verdad? ¿Cómo se llama en realidad?

Le pareció, pero sin duda se equivocaba, que

su adjunto había hecho un gesto de sorpresa. El triestino puso en marcha el ordenador, chisme con el que Cecè tenía escasa familiaridad. Apareció la foto del cantante, idéntica al Joe Bolton de carne y hueso. La diferencia era que se llamaba Paolo Brambilla, había nacido en Milán en 1939 y era de oficio cantante. Seguía la dirección. Cecè advirtió que no estaba marcado el número de camarote.

—¿Dónde duerme?

—Bah, me parece que en un camarote de cuatro, con otros cantantes.

Había algo que no cuadraba. Y no cuadraba sobre todo la actitud de su adjunto, entre evasivo e incómodo. Decidió no hablar con el triestino de sus dudas. Por la noche, después de la cena, fue él mismo quien propuso a la señora Agata volver a oír al cantante. Se tragó el repertorio de Bolton hasta pasada la medianoche, cuando la señora Masseroni de McGivern hacía tiempo que había alcanzado el petrolífero lecho conyugal. Siguió discretamente a Bolton al bar, donde el cantante se bebió dos whiskies propiciadores del sueño; lo siguió aún mientras aquel entraba por el pasillo de los camarotes de superlujo. Lo vio abrir la puerta con la llave, entrar y cerrar. Se quedó atónito. ¿Era posible que Bolton tuviera tanto dinero como para poder concederse semejante camarote? No, había otra explicación: sin duda, allí ha-

bía alguna rica señora a la cual el cantante concedía sus favores. Al día siguiente, a primera hora de la mañana, entró en su despacho; el adjunto aún no había llegado y preguntó al oficial de guardia:

—¿Quién ocupa el número 10?

El oficial consultó el ordenador.

—Nadie. Consta que está vacío.

Eh, no. No le estaban diciendo toda la verdad. Y ahora resultaba que Joe Bolton podía tener tapaderas y complicidades. En aquel momento el triestino entró en el despacho.

—Tengo que hablarle. A solas —espetó Cecè, con brusquedad. Fueron al cuarto de atrás—. Ahora usted me dirá todo sobre Joe Bolton. Y trate de no tomarme el pelo, ya lo ha hecho bastante.

El adjunto se ruborizó.

—Perdóneme, comisario, tiene razón. Pero he recibido órdenes precisas. Nadie podía pensar que su olfato de policía le haría sospechar.

—¿De qué?

—Hable con el comandante, si lo cree oportuno.

—¡Claro que hablaré con él! —se enfureció Cecè, cogiendo el auricular del teléfono interno. Apenas oyó el nombre de Joe Bolton, el comandante le dijo a Cecè que subiera de inmediato al puente de mando.

—Este Bolton, que en realidad se llama

Brambilla... —empezó, fuera de la gracia de Dios.

—Llamarse Brambilla no es un delito, ¿no le parece? —Lo dejó helado el comandante, sereno.

—No será un delito, pero, con franqueza, es un tipo equívoco. ¿Lo sabe? Lleva peluca, lentes de contacto y bigotes postizos. Se ha maquillado porque no quiere dejarse reconocer, ciertamente tiene algo que esconder.

—Es verdad. Mire, comisario, podría decirle que todo está en orden y que del asunto respondo yo. Total, está previsto que el señor Bolton desembarque en la próxima escala. Pero quiero rendir homenaje a su mirada aguda. ¿Sabe qué se oculta detrás del nombre Brambilla?

—¿Por qué, también eso es falso? —preguntó Cecè, pálido.

—Sí, lo es. El verdadero nombre de Bolton-Brambilla es...

Dijo el nombre. Y Cecè Collura palideció.

—Pero ¿cómo? —balbuceó apenas recuperado—. ¡Un millonario! ¡Alguien como él! Alguien que ha sido presidente del...

El comandante levantó una mano para interrumpirlo.

—¿Usted sabe cuáles fueron sus comienzos? Cantaba, como ahora, en los cruceros. Ha querido recuperar un poco de su juventud. ¿Vamos a condenarlo por eso?

Cecè extendió los brazos, saludó y salió. Pero inmediatamente fuera del camarote del comandante le asaltó un pensamiento. Él era un falso comisario de a bordo. Joe Bolton era un falso cantante. ¿Cuántos otros «falsos» había a bordo? ¿Y aquel crucero era verdadero o virtual?